



LA OTRA ISLA

Silvia Herreros
de Tejada


ESPASA

SILVIA HERREROS DE TEJADA

LA OTRA ISLA



ESPASA © NARRATIVA

© Silvia Herreros de Tejada, 2020
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores
y Creadores Culturales 2017, Fundación BBVA.
La fundación no se responsabiliza de las opiniones, comentarios y contenidos
incluidos en el proyecto o los resultados obtenidos del mismo, los cuales son total
y absoluta responsabilidad de sus autores.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.876-2020
ISBN: 978-84-670-5920-5

La reproducción de las citas de *El cuarto de Tula* de Sergio Eulogio González Siaba
está autorizada por cortesía de SEEMSA, Alcalá 70, 28009 Madrid,
editor original de la obra.

Cuando salí de Cuba. Letra de Luis María Aguilera.
© Copyright by Warner Chappell Music Spain
Careless Whisper.
Letra de George Michael/Andrew J. Ridgeley.
© Copyright by Warner Chappell Music Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**
y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Motivos para escribir sobre Cuba

A modo de prólogo

Mi madre murió dos veces. La primera, cuando salió de Cuba. De esa muerte consiguió resucitar, más o menos. Pero luego acechó la segunda, la de verdad, y, cómo no, también tuvo que ver con Cuba. Como todo lo que sucedía en mi familia. Siempre Cuba. La hermosísima Cuba perdida. La isla protagonista de nuestras vidas desde tiempos inmemoriales y que yo visualizaba como un cocodrilo náufrago en el mar Caribe, a la deriva y sin nadie que pudiera ayudarle, aun teniendo un millón de amigos dispersos por el mundo. Así se resumía en casa la problemática del exilio cubano, como la canción aquella de Roberto Carlos que venía a decir que cuantos más amigos tuvieras, más fuerte podías cantar. Cantar fuerte a los cubanos —o, al menos, a los míos— les chiflaba. Cantar y bailar como ritual para espantar demonios.

Fuera cual fuese el acontecimiento a llorar o a celebrar, el plan era el mismo: nos reuníamos en el Centro Cubano de Madrid, en la calle Claudio Coello casi esquina Goya, a distancia razonable de todas nuestras casas. Subíamos unas escaleras de madera tan gastadas que parecían gimotear al pisarlas y, en el primer piso, nos recibía un pasillo con taburetes altos acoplados a la barra. A la derecha, el restaurante: ventanales a un patio interior, dos enormes

lámparas de techo, un piano de cola y mesas impecables con servilletas dentro de copas de cristal. Cubriendo la pared del fondo, un póster del malecón, a la altura del castillo del Morro.

El Centro Cubano era el refugio de los exiliados de Madrid —entre ellos, mi madre y sus primas (o hermanas postizas)—, y también punto de visita obligado para los parientes de Miami. En especial para mi tía Letty (gemela de mi madre) y su pareja, Omar. A mi tío Omar no le gustaba el piso de la calle Claudio Coello: según él, era un nido de «derechones» que hablaban de Cuba y el mundo exterior como si fueran equipos de fútbol en perenne batalla. La fauna del Centro Cubano dramatizaba la situación política en exceso, regodeándose en lo que él llamaba la «retórica de la impotencia». Mi tío Omar hablaba así, utilizando expresiones que sonaban a música celestial comparadas con el maniqueísmo de buenos y malos de mi familia más directa. Trabajaba en la radio, en Miami. Su voz, aún con la cadencia caribeña de los demás, sonaba diferente: categórica, aislada o, como dijo alguien en «tremenda bronca» que se montó, con palabras tan rebuscadas que confundía. ¿Qué era él, en realidad? ¿Anticastro o *comecandela*? Porque eso de andar siempre a medias era chaquetear. Si tanto despreciaba al exilio convencional, ¡haberse quedado en Cuba, chico! Ese país del que hablábamos sin cesar y en el que, al parecer, se decía que se perdonaba todo salvo ser pesado. Lo nuestro, a la niña que yo era, le resultaba pesado no, pesadísimo, repetitivo, insoportable, tedioso.

El menú para la familia Larralde no admitía variación: papas rellenas, arroz con frijoles negros, picadillo o ropa vieja, plátano frito... Y aguacates, solo si era temporada. Acabábamos llenísimos, adormecidos por el son de las conversaciones monocordes, igualitas día tras día, año tras año: Castro-Miami-hijos-de-puta-Tropicana-ay-chica-ay-

chico-ay-Fidel-ay-la-nostalgia-el-malnacido-de-Kennedy-esperanza-reunificación-marielito-Batista-este-restaurán-se-subió-a-la-parra-¿no?

Por supuesto, determinados asuntos se trataban siempre en voz baja.

Después de comer o de cenar, el cuerpo pedía un *digestivo* y se pasaba al bar, cuna de los mejores cócteles de España entera: mojitos, daiquirís, piñas coladas y cubalibre aderezado de los clichés pertinentes sobre la terrible ironía del nombre, etcétera. Los niños tomábamos las mismas modalidades sin alcohol y se nos iniciaba en el auténtico *cubaneo* entre los trece y quince años, dependiendo de la familia. El piso de la calle Claudio Coello tenía sus propias normas: lo que se hacía aquí no era *beber*, ¡por Dios!, un acto prosaico de por sí, sino más bien *recordar*, lo cual era imprescindible, vital, extra-necesario. Y para eso hacía falta el trago. El dueño, vestido —decían— como en el Cabaret Parisien de La Habana, pinchaba en un tocadiscos canciones de Celia Cruz, Bolita de Nieve. Cuanto más se bebiera, más se animaba el cotarro. Por supuesto, nunca faltaba la famosa canción de Luis Aguilé. Se ponía cada dos horas más o menos, para que todo cliente que pasara por ahí tuviera su oportunidad de corear enardecido: «Cuando salí de Cuba, dejé mi vida, dejé mi amor. Cuando salí de Cuba, dejé enterrado mi corazón». La banda sonora del paraíso perdido.

Al salir, fuera de día o de noche, caminábamos. Mami y sus primas, con los ojos brillantes (y cacareando que ¡cómo iban a estar!, ¡tanta conversación, tanto trago, tantísimo anhelo por la vida perdida!). Los pocos maridos que se apuntaban al plan se habían marchado hacía tiempo o cogían taxis. Mi hermano y yo arrastrábamos los pies, sin hablar. Él, pasota; yo, cariacontecida. No había regreso a casa, cerca de avenida de América, en que mi madre no me reprochara: «Ay, Lara, hija, cambia esa cara, qué mal humor

tienes». Yo no contestaba, pero ¿cómo no iba a tenerlo? A mí me pasaba igualito que a ellas: ¡tanta conversación redundante! ¡Tanto trago para los mayores! ¡Tantísimas historias de anhelo, *raca-raca-raca*, que habíamos escuchado millones y millones de veces! La gente normal, cuando quedaba con sus familias, hacía otras cosas, como ir a patinar o a algún espectáculo o de excursión. Y a mí, todo este *cubaneo* ¡me tenía harta! O sea que, al llegar a casa, me encerraba en el cuarto a leer o a ver películas en el VHS mientras mi madre, en el salón, animada por el rato previo, se entregaba a bailes modernos tipo Rod Stewart con *Da Ya Think I'm Sexy?* y esperaba a que volviera mi padre de dondequiera que estuviese. Ella pretendía que yo le siguiese el rollo. Típico bailoteo de madre e hija telerín o algo así. En una ocasión le dije: «Mami, eres supersexi, vale, pero esto ya me parece demasiado...». Ella se defendió, muy digna: «Estéril juventud, como diría tu tía Tula», y luego soltó una risotada, de esas suyas tan características, como un manantial de cascabeles tintineando desde la garganta. Siguió bailando sin quitarse los tacones negros de charol, deslizándose sobre el parquet, ignorando los golpes de escoba de los vecinos de abajo que luego la miraban mal en el ascensor. ¡La pobre chiflada extranjera...!

Años después yo estudiaba guion en una escuela de cine. Uno de los profesores se empeñaba en sacar nuestra «verdadera alma de escritores» mediante «ejercicios de introspección»: una suerte de simbiosis entre confesiones al psicólogo y revelación de intimidades a novio potencial a las puertas de iniciar una apasionada historia de amor.

En uno de esos ejercicios, el profesor pidió una lista sobre algo que odiáramos. Yo no lo dudé.

MOTIVOS POR LOS QUE ODIÓ CUBA

por Lara Palafox Larralde

1. ¿Cómo se podía enaltecer tanto un lugar al que nunca se había regresado? Mis abuelos, vale, porque habían salido de la isla de mayores, con cuarenta y pico. Pero mi madre, que se fue de adolescente...
2. La familia de mami eran ricos en Cuba, dueños de fábricas de acero y mansiones en lugares llamados (me los sabía de memoria) Vedado, Reparto Kohly, Tarará, Pinar del Río, Cienfuegos. Salieron con las manos vacías, aunque después hicieron fortuna en España con una empresa de venta de metales. Bastante fortuna. Pero, aun así, todo eran migajas: «Una mierda, chica, comparado con lo de Cuba».
3. No solo éramos cubanos exmillonarios, sino que procedíamos de estirpe intelectual porque descendíamos de la grandísima escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda, una señora de nombre aristocrático que había venido de Cuba a España para, según mi familia, desbancar a los escritores hombres del Romanticismo. Muy heroico, sí, pero en el colegio estudiábamos a Bécquer, Espronceda y Zorrilla, y de ella, ni mu. Como si no hubiera existido. Y eso que en 1860 (también me sabía esta fecha de memoria) la tía volvió a su tierra natal y la coronaron como «la más

grande entre las poetisas de todos los tiempos». La corona de laurel, tallada en oro y diamantes, objeto sagrado de la cultura cubana, la heredó mi familia... Pero —ay, mamita, ay— con la Revolución se perdió. Y vale que era supertrágico perder un tesoro y que ella era una escritora estupenda que merecía conocerse más. Aun así, por favor, ¿se podía dejar de suspirar por el tesoro perdido y mencionar a la «tía Tula», como la llamábamos en casa, una vez al día mínimo?

4. Con este panorama, yo entonces era exricachona de cierto linaje, tenía raíces intelectuales y, lo más importante, debía odiar a Fidel Castro y al Che Guevara por encima de todas las cosas, censurando así cualquier posibilidad de pensamiento propio. Sobre Fidel: un primo nació un 13 de agosto, día de su cumpleaños, y fue un drama familiar por el que se lloró mucho, muchísimo, en el Centro Cubano. Sobre el Che: los chicos molones llevaban camisetas con su imagen, pero yo, por acto reflejo, apartaba los ojos. Como si me fueran a denunciar.
5. Cuando el grupo Hombres G sacó su primer álbum con una canción que se llamaba *Matar a Castro*, mi familia se hizo fan absoluta de la banda, sin importarles ni un ápice la calidad de las canciones. Luego, en la escuela de cine, yo escuchaba, como todo el mundo, al cantautor Silvio Rodríguez. Para mi familia, *persona non grata*, tachado de «comunista, hijo de puta, falso y meloso» y yo, de paso, pues lo mismo que él.
6. Tía Letty, la de Miami, la gemela de mi madre, era una especie de ídolo en casa que no solo se dedicaba, con su marido, a luchar por la libertad de Cuba, sino también —o eso cotilleaba mami— a mirarnos por

encima del hombro a los que nos habíamos vuelto «muy españolitos, ¿no?» El porqué, ni idea. ¿Qué tenía de malo ser de acá y no de allá?

7. La única opción de esperanza y felicidad que existía en mi familia materna era que, algún día, moriría Castro y nuestras posesiones y, sobre todo, el tesoro de la tía Tula, se podrían recuperar. Hasta que eso sucediera —promesa sellada con sangre—, volver a la isla era la mayor de las prohibiciones.

El profesor me devolvió el ejercicio con el título tachado y corregido:

«Motivos por los que ~~odio~~ *debo escribir sobre Cuba*».

El día de la muerte de Fidel Castro, el 25 de noviembre de 2016, mami volvió a hablar del tesoro. Castro había conseguido estar en el poder durante cuarenta y un años del siglo xx y dieciséis del xxi: la dictadura más larga de toda la historia. Los fastos para celebrar que «¡por fin se ha muerto el comemierda ese!» prometían. Para desgracia de mi familia, no se pudo festejar en el Centro Cubano porque había cerrado años atrás. Al ponerse los precios de alquiler en el barrio de Salamanca por las nubes, el hijo del dueño, que ya no se vestía como los *mâtres* del Cabaret Parisien de La Habana, había preferido traspasar el negocio. Aparte, el centro, según los más puristas, había perdido todo su auténtico *cubaneo*, y con él, su carisma: en los últimos años, el bar se había llenado de «turistas», clientes que vivían en Madrid, pero que ya nada tenían que ver con Cuba.

El caso es que la muerte de Castro (¡qué *gozadera!*) había que celebrarla por todo lo alto, o sea que se convocó una fiesta (o, mejor dicho, un *fetecún*) en casa de una de mis tías para brindar con champán, beber mojitos y bailar has-

ta el amanecer. A mí, por suerte, no me obligaron a asistir. Me limité a seguirla de lejos mediante un chorreo de mensajes de Whatsapp en el recién estrenado grupo «Fetecún Cuba libre»:

Mami, 23:52: Te echamos de menos. Está sonando Matar a Castro.

Yo, 23:53: Genial.

Foto de mami, 00:35: [diana con la cara de Castro cubierta de dardos]

Foto de mami, 00:37: [grupo de cubanos con caras pletóricas y brindando con champán]

Mami, 01:15: ¿Seguro que no quieres venir? Ya, por fin, podremos recuperar el tesoro.

Yo, 01:22: Tesoro sería que me dejaras en paz, mami. ¿Cómo voy a salir de casa a estas horas?

Mami, 02:02: No tienes ni idea de las cosas verdaderamente importantes. Qué pena.

Yo, 02:03: Perdona, pero ¿para ti cuando ha sido importante cualquier cosa mía? [No enviado]

Fue tal el *fetecún* que a mi madre la resaca le duró tres días. Al cuarto, una mujer de voz mecánica me dejaba un mensaje en el contestador citándome en la Clínica del Rosario para analizar los resultados de una revisión médica que le había regalado a mami su seguro privado. Me preocupó que me avisaran a mí y no a ella directamente, y le pedí a Luis, mi hermano, que me acompañara.

El médico nos sentó en un despacho, mientras mami aguardaba en una salita contigua con una enfermera, que supuse sería la de la voz mecánica.

Primero nos dijo que nuestra madre, la paciente Mirta Larralde Gómez de Avellaneda, a sus setenta años, tenía una salud física espectacular. Dijo el nombre con los

dos apellidos y utilizó ese adjetivo, «espectacular». Después añadió que, no obstante, las pruebas exponían ciertos daños de naturaleza cerebral.

—O lo que es lo mismo —el hombre tosió con melodía de fumador—, la posibilidad de una demencia fronto-temporal incipiente.

—¿Perdone? —dijo Luis, la voz ahogada.

El médico alzó la mano, como para apaciguarle, y se dispuso a explicarnos.

—Es una enfermedad sin gravedad alguna, de momento... —comenzó a decir.

—Ah, menos mal —dijo mi hermano.

—Ah, sí —coreé yo.

—... pero la paciente podría comenzar a presentar alteraciones en la personalidad...

—¿Alteraciones en la personalidad? —repitió mi hermano.

—¿Alteraciones en la personalidad? —resoné yo, cual hermana tonta.

—Eso es —continuó el médico—, como, por ejemplo, perder la inhibición y comportarse de manera socialmente inapropiada; no mostrar interés por el mundo exterior y encerrarse en sus propios conflictos...

Miré a mi hermano y alcé las cejas. Él, nervioso, apartó los ojos.

—Sucede también que los afectados pierden la empatía y, sobre todo, muestran comportamientos repetitivos que tienden a volverse ritualizados. —El médico hizo una pausa breve—. En fin, les sugiero que estén alertas porque, como les digo, sus marcadores cerebrales sugieren esta amenaza y conviene identificarla cuanto antes...

Primero hubo un silencio.

Luego, sospechando lo que le pasaba por la cabeza a mi hermano, no pude evitar hacer lo que él, dada la situación,

no se atrevía: estallar en carcajadas. No podía parar. Me dolía hasta la tripa de reírme, mientras mi hermano me mandaba callar por lo bajini y me fusilaba con la mirada, muerto de vergüenza. El médico, mientras, observaba atónito nuestra reacción.

—¿Será entonces que ha estado «loca» siempre? —pregunté completamente en serio.

Y después procedimos a explicarle que nos acababa de describir el carácter de nuestra madre, tal cual. El de antes y el de ahora. El mismo que conocíamos desde siempre. El médico se encogió de hombros.

—Creo que tendremos que pedir una segunda opinión —comentó mi hermano.

Al salir de la consulta, decidimos, entre los dos, no contarle a mami el falso diagnóstico de enfermedad. En lugar de eso, nos sentamos con ella en la cafetería de la clínica a tomar una cerveza, Luis, y vino blanco con un hielo, mi madre y yo.

—¿Qué más celebramos, aparte de mi salud espectacular? —preguntó mami, encantada con el plan de ponerse a beber en el hospital.

—Pues, evidentemente, la muerte de Castro —contesté—, ya que falté a la fiesta...

—¡Y cómo lo pasamos! ¿Verdad, Luis?

—Sí, sí —contestó él, mirando el móvil—, fue un fiestón. Perdonadme —se levantó de la silla—, tengo que meterle dinero al parquímetro.

Mami se le quedó mirando mientras salía por la puerta.

—Tu hermano cada día se parece más a tu padre... Por cierto, ¿qué tal está?

—Bien, bien, hace tiempo que no le veo —mentí.

Entonces, ella, cuando ya habíamos perdido de vista a Luis, se cambió de silla para sentarse a mi lado, bajó la voz y dijo:

—Ahora que estamos solas, te diré que me preocupa mucho el tema del tesoro... Porque sería el momento de recuperarlo, pero claro...

Hizo una pausa y miró a su alrededor. En la cafetería, personas grises, ilegibles. De esas que no se sabía si esperaban, padecían o visitaban, sin más.

—¿Por qué hablas en voz baja? —cuchicheé yo también.

—Ya otras veces dijeron que estaba muerto —murmuró mi madre—, o sea que ahora... Vete tú a saber. Aparte, ¿qué le interesa a esta pobre gente el tesoro de mi familia?

Eso, desde luego, era verdad.

Entre susurros, comentó que era mejor no confiarse. ¿O no recordaba yo, acaso, la etapa en la que habían paseado a un doble de Fidel en coche oficial, cuando este tenía un cáncer espantoso? Ella, en su momento (aunque no me explicó en *qué momento*), había hablado con abogados y gente que sabía del tema, y era muy posible que una vez que Castro estuviera fuera del mapa, las casas y las fábricas, con las escrituras y gestiones pertinentes, se pudiesen recuperar.

—Ah, pues mira qué bien —comenté yo.

—Pero la corona de la tía Tula —aquí mami negó con la cabeza—, como no vayamos nosotras...

—¿Nosotras? —pregunté, incrédula.

—Sí, claro. ¿Quién, si no?

Y sí, sí. Se refería a nosotras. Completamente en serio, además. A ella y a mí.

—Mira, Lara, de los hombres nunca te puedes fiar del todo —dijo muy convencida—. Ellos se creen la pera y hay que seguirles el rollo para tenerles contentos, pero vamos, como bien decía la tía Tula: no existe la igualdad de sexos, porque el nuestro es muy superior. Por eso nosotras tenemos que confiar la una en la otra, contarnos todo...

—Bueno, todo, todo... —dije yo.

Ella no me escuchaba, metida como estaba, en su película.

—Pero, claro, figúrate qué lío —continuó—. Porque... ¿en qué momento hacemos las maletas y vamos para allá a recuperar la corona? Culpa tuya, que nunca puedes... Aunque ahora, a lo mejor...

El reproche sincero en su voz. ¿De verdad pretendía que yo, así como así, marchara en busca del tesoro perdido de una escritora decimonónica, custodiado por fantasmas? ¿Cuando, todo el mundo sabe, que ni los tesoros ni los fantasmas generalmente existen?

—Mami, mira...

—¿Señoras...? —me interrumpió una voz masculina.

Nos sobresaltamos las dos. Mi madre, de hecho, casi saltó en la silla, pensando que era un espía, supongo, o algo por el estilo. Yo, por lo de «señora», porque anda que... Era el camarero, reclamando que le abonásemos la cuenta. Fui a coger el bolso, que había colgado en el respaldo de la silla, para pagar. Pero no estaba. Lo busqué por todas partes: cafetería, consulta, sala contigua de enfermería con voz mecánica, cuarto de baño.

—¡A quién se le ocurre robar en un hospital! —gritó mi madre a los cuatro vientos, por los pasillos y en el coche hasta comisaría—. ¡No he visto cosa más impresentable! ¡Qué gente más ladrona hay en este país! ¡Si es que no se puede aguantar! ¡Menuda gentuza!

Y etcétera.

Mientras hacía la denuncia policial, listando los artículos sustraídos —el móvil, la cartera, el informe médico de mi madre, las llaves de casa...—, caí en la cuenta de que mi novio, Víctor, que era cámara en la misma cadena de televisión en la que trabajaba yo, se encontraba rodando fuera de Madrid. Nuestra llave era blindada y hacer una copia

costaba doscientos euros, o sea que no teníamos el típico amigo o vecino con llave de repuesto, y a mí me tocaría quedarme esa noche con mami. En el sofá de la salita, porque su cama era individual y en el apartamento minúsculo no había cuarto de invitados.

Me lavé los dientes con un cepillo de repuesto que guardaba mami en un neceser con un dibujo de Vilma Picapiedra, que le encantaba desde que, de adolescente, descubrió la serie en Estados Unidos.

Ya acostadas las dos, yo con un camisón suyo tipo anciana, me gritó pared a través, su voz colándose por la puerta abierta:

—Oye, Lara...

—Dime... —suspiré resignada, porque a mi madre nada podía gustarle más que una charleta nocturna.

—¿Tú no crees que todo esto daría para escribir algo?

—¿A qué te refieres con «todo esto»?

—A mi vida en general...

—La verdad que no —contesté.

—Mira que eres borde.

—Es lo que pienso —refunfuñé.

—Pues a mí me parece —continuó— que sería un historión. De amor y lujo, piénsalo bien. La gloria de la época de mis padres: La Habana, la riqueza desproporcionada, la gente enamorándose en los bailes de los clubs, las negronas del servicio...

—Mami, por favor.

Yo detestaba esos momentos, tan típicos suyos, de incorrección política.

—Aquello tenía un *glamour*... —Hizo una pausa y enseñada retomó el discurso, exaltada—. Luego, tú imagínate... Los barbudos revolucionarios bajando por las montañas para derrocar el gobierno de Fulgencio Batista, el pánico de la alta sociedad, la transformación paulatina a

las miserias del comunismo, el horror... Y después, la gloria, otra vez, con los exiliados, como nosotras, volviendo a recuperar nuestros tesoros... Un final apoteósico...

—Apoteósico, sin duda.

—Sería una historia maravillosa, muy romántica, mujer de poca fe —replicó.

Que me llamara «mujer» me descolocó por un segundo. Aunque bien que lo era.

A mami, para variar, se le había olvidado que yo, aprovechando el legado familiar y obedeciendo a mi profesor, ya había puesto mi granito de arena fílmico haciendo un pequeño documental para la televisión sobre nuestra Gertrudis Gómez de Avellaneda, y hasta un proyecto de película. Lo mío, a mami, nunca parecía importarle demasiado. Pero yo ya estaba acostumbrada. Tratando de encontrar la postura en el sofá, eché de menos el móvil para distraerme un rato con otras historias maravillosas del mundo actual: fiestas y guapura en Instagram; momentos íntimos, felices y familiares en Facebook; reivindicaciones sociales en Twitter.

Enseguida se empezaron a escuchar, a través de la pared, los ronquidos serenos de mi madre. Zapeé un rato en la tele de la salita. Dudé entre una serie de adolescentes o un concurso de cocina, ambos productos perfectos para descerebrarse. Finalmente, renuncié a intentar dormirme con un *reality* de citas amorosas que pillé por la mitad. Me vino a la mente si mami, desde siempre, habría estado fatal de la cabeza. Todas las mujeres de la familia, las «autoras de mis días» (como diría la tía Tula), que yo supiera, eran un poco así. Me fastidió reconocer el mismo tipo de pensamiento de mi madre, con la tía Tula por aquí y por allá. Me pregunté si esta extraña relación de dependencia con la isla, tan conocida y desconocida a la vez, habría influido en la gran historia de amor de mi vida.

El sueño me llegó pensando en él, en mi esplendorosa juventud en Miami, con sus palmeras y atardeceres y emocionantes vaivenes políticos. Aquello sí que prometía, y no esta mediana edad donde no acababa de encontrar mi sitio, por mucho que lo intentara. La misma mediana edad a la que mis abuelos habían salido de Cuba para empezar, *tabula rasa*, su vida entera de nuevo.

Quizá aún no era tarde para mí.

Poco podía imaginar entonces que, varios meses después, aterrizaría en La Habana por primera vez; las historias, anécdotas y peripecias de mi madre, y mi familia, encaramándose por la memoria sin aviso, colándose entre los recovecos del recuerdo, anhelando destacar, con colores fastuosos, sobre la negrura del olvido.

Pero, de momento, esa noche en el apartamento de mami me despertó un estruendo. En la televisión, miles de personas caminaban por las calles despidiendo a Fidel Castro, cuyo féretro recorrería la isla entera para así más fuerte poderle llorar. Los dolientes —fervorosos, tarambanas— soltaban palomas blancas al vuelo, gritaban de rabia y pena, se frotaban el rostro, descreídos, como si realmente fuera tan insólito que un hombre de noventa años sucumbiera a la mortalidad. «Sin nuestro padre, nuestro héroe —decía un entrevistado—, la isla se lanza a la deriva; nosotros, náufragos sin remedio».

Suspiré hondo. Ni entre las bagatelas de mis sueños podía liberarme de Cuba.